

PRIMER PREMIO

Karibu

De Marisa López Diz

En los ojos de Kimya podía caber un elefante, sin embargo, yo solo veía un abismo aterrador al que no me atrevía a asomarme, un vacío tan oscuro como la noche sobre las aguas del río Ruzizi.

Llegué al norte de Burundi huyendo yo también de mis propias miserias. Había llegado allí como voluntaria, cargada de equipaje inútil y demasiados recuerdos. Lo más auténtico que me encontré fueron las sonrisas de los niños de una pequeña escuela, brillantes como un sol al amanecer. Era lo único que tenían. A mí ni siquiera eso me quedaba.

Allí descubrí que cada niña arrastra una desgracia que la acompaña como un perro flaco, que olisquea sus pasos y aúlla por las noches en la tierra de la llanura sin fin. Pero también aprendí lo que quería decir Penye nia pana njia, (Donde hay un deseo, hay un camino).

La escuela estaba al final de una estrecha y polvorienta carretera, llena de agujeros, y todos los días veía venir a un grupo de niños y niñas andando, como una gran mancha de café sobre el paisaje. Algunos tenían que caminar durante dos horas para llegar, pero nunca los oí quejarse por ello. Lo único que tenían era tierra. Tierra para andar, tierra para pisotear la miseria, tierra para enterrar a sus muertos.

La tala de árboles que había sufrido aquella aldea la había convertido en una enorme sepultura de tierra seca, árida y triste que se clavaba en la mirada del extranjero y en los pies de aquellos niños y niñas que caminaban entre aquel vacío inhóspito y reseco.

La primera vez que vi a Kimya fue una mañana de septiembre -a finales de la estación seca- asomada a una ventana, mirándome desde la oscuridad asombrada de sus ojos.

–Jambo– le dije sonriéndole, pero la expresión de su rostro no cambió. Nada me dijo. Ni siquiera pude intuir una sonrisa. Nada.

Todas las mañanas, cuando pasaba frente a su casa, repetía la misma palabra,

como si esperara un milagro. Pero nunca ocurría nada. A veces me volvía y veía sus ojos clavados en mí como una daga, siguiéndome igual que una sombra. Recuerdo que un día pregunté a un anciano del poblado quién era aquella niña y por qué no iba a la escuela.

–Su nombre es Kimya– y no dijo nada más.

Me preguntaba por qué no acudía a las clases, qué escondía tras sus ojos, qué misterio albergaba en su corazón. Fue muy triste el día que me contaron su historia. Refugiada ruandesa, había visto cómo asesinaban a su madre y a sus hermanos a golpe de machete, como quien arranca las malas hierbas del camino. Nadie sabe cómo sobrevivió a la barbarie.

Kimya no solo había perdido a su familia, sino también las palabras. Nadie la había escuchado nunca hablar. Y una niña de diez años que no hablaba no podía perder el tiempo en una escuela, había demasiado trabajo en la aldea. En África hay siempre demasiado trabajo para una mujer.

Una mañana la vi salir de casa y alejarse mezclada con la tierra del camino. Con las muletas y un cubo en una mano la vi recorrer los cinco kilómetros que separaban su casa del río, con su única pierna igual que el tronco oscuro de un árbol, con la nada asomando por debajo de su falda. La seguí hasta el río.

El sol caía como una maldición sobre la tierra árida y alargaba la delgada sombra de Kimya, asemejándola a un palo de bambú. Se acercó al río y cargó su cubo. La llamé. Volvió la cabeza y me miró desde el fondo de su silencio. Después siguió recogiendo agua sin mirar hacia atrás, como había hecho toda su vida. Aunque Kimya nunca había ido a la escuela, había aprendido que detrás nunca hay nada bueno.

Quise ayudarla a transportar el cubo, pero no me lo permitió. La vi de nuevo recorrer el camino de vuelta, con sus muletas, su única pierna, su cubo lleno de agua y su orgullo abrasado por el sol. Caminé a su lado y le conté mi historia, mi historia de mzungu. Cinco kilómetros de mi vida enterré aquella mañana bajo el polvo y sentí que mi verdadera vida empezaba allí.

Al día siguiente vi a Kimya alejarse del poblado. Pregunté a unas niñas -que también habían conseguido huir de la matanza entre hutus y tutsis- a dónde iba.

–Echa de menos las historias que su madre le contaba bajo el gran baobab. Por eso Kimya está triste, porque su madre ya no está, por eso y porque aquí no hay árboles para recordarla.

A partir de ese día, empecé a detenerme frente a la humilde casa en la que Kimya vivía, sentándome en el tosco banco de madera que había bajo su ventana. Leía en voz

alta pequeñas historias, cuentos en una lengua que ella no comprendía. A veces también le hablaba de mí. Ella nunca dijo nada.

Algunas veces se asomaba y clavaba la vista muy lejos en el horizonte, como si quisiera encontrar algo que hacía tiempo que hubiera perdido. Otras veces, la ventana estaba vacía. Aun así, yo continuaba contando y leyendo cada tarde cuando el sol se volvía rojizo y dulce como un albaricoque.

–Jambo –dije, como hacía cada día-. Y abrí un libro y empecé a leer sin esperar nada.

–Karibu –contestó.

Y ese día comprendí que Kimya no solo me estaba dando la bienvenida a mí, sino a su propia vida.